

considerar también el increíble abandono en que se ha dejado cuanto pudiera lisonjear al público. Pasillos fríos, aspecto polvoriento, igual en la sala que en el escenario. De las decoraciones y la *mise en scène* he dicho aquí mismo, repetidamente, lo que pensaba, y no lo repetiré por ahora. No ya en la Princesa ni en el Español: en cualquier parte presentan mejor, de manera propia y decorosa, las obras.

Yo quiero que cada una de estas causas sólo reste una centésima parte de la animación que el Real necesita. Sumadlas y veréis cómo, juntas, arrojan un total no despreciable.

Todavía olvidaba la descentración de las diversiones de invierno, que más bien se dirigen hacia el campo que hacia el centro de la ciudad. Las cacerías y almuerzos fuera de Madrid de los Reyes y de mucha gente de alta categoría, las excursiones automovilistas, los *sports* de varias clases, han determinado un fenómeno antes desconocido: la gente madruga más y trasnocha mucho menos. El Real se acaba tarde, y esperar el coche en el *foyer*, antes cosa muy bien vista, ha ido, poco a poco, pareciendo, no sólo incómodo, sino un tanto cursi. Por eso mucha parte de los espectadores sale por Contaduría, y no pocos palcos se vacían antes de terminar el último acto, escurriéndose los que los ocupan para coger el coche anticipadamente.

Los *sports*, mejor dicho, los deportes tienen esta ventaja: llevan la vida hacia la naturaleza y la conforman a la higiene. Y la higiene manda dedicar la noche al sueño.

Indícase una evolución en los espectáculos. Los de la tarde, antes sólo frecuentados por chiquillos y niñas, lo son hoy por las personas grandes, que los prefieren. Las secciones aperitivas (*vermouth*), que por algo tienen nombre extranjero, nos trajeron este ambiente de países donde se trabaja, donde no es posible no madrugar un poco, so pena de estropear la jornada. Y yo creo que caminamos hacia el sistema alemán, hacia el teatro que empieza a las seis de la tarde y acaba a las diez de la noche.

Calles que en Madrid eran concurridas a la una de la madrugada, se ven hoy silenciosas y desiertas a la misma hora. Es indudable, el trasnoche ha caducado. Si persiste, es como señal de vida alegre, como capricho de mozos de buen humor. La mayoría lo ha desechado, se ha convencido de sus infinitos inconvenientes, de lo que perjudica al trabajo, a la salud, de lo que trastorna el bolsillo y el orden en las casas. El trasnoche es — ahora lo advertimos — un problema de moralidad.

Mientras prosigue la guerra interminable, de los países más heridos por ella sube un clamor doloroso, la queja de las patrias sangrantes, destrozadas, hasta quizás suprimidas, cuando llegue la hora del reparto y la rectificación del mapa universal, no sólo de Europa... Yo recibo muchas de estas quejas, y me mueven a la compasión más profunda. Me pongo en el caso, como se dice. Me represento a la patria propia invadida, perdida su independencia, destruidas sus ciudades, taladas sus cosechas, desgarrado su suelo, arrasados los monumentos que fueron su gloria... Y esto, que sólo imaginarlo eriza el cabello y escalofría las venas, esto está pasando, en otras desdichadas naciones.

No es mucho que se lamenten, que soliciten compasión. Nos dicen, como el condenado de Dante:

E se non piangi, di che pianger suoli?

Cosa horrible: tantas calamidades agotan hasta el llanto, secan hasta los manantiales de la piedad. Están conformes con esto los cronistas de la guerra: viene un estado tan desastroso, que engendra, en vez de dolor, indiferencia estúpida, embotamiento de las fibras... Y es que todo sentimiento humano tiene sus límites; no es infinito; y en este género de afectos compasivos igual. He oído decir que las Hermanas de la Caridad, y en general las enfermeras, sólo pueden ejercer su sublime oficio, porque, familiarizadas ya con los aflictivos espectáculos, no les causan esa depresión que causarían a quien no estuviese avezado a ver tantas lástimas. Lo cual en nada disminuye su merecimiento, porque más allá de las fuerzas humanas no es dable ir. Los sepultureros tampoco se emocionan a la vista de los cadáveres. Si se emocionasen no habría quien ejerciese tan triste oficio.

Ahora bien, con la guerra europea sucede algo semejante. No guarda proporción la lástima con sus motivos. Si tal proporción existiese, toda Europa debiera gastar luto y deshacerse en lágrimas. Y es el caso que Europa, sin excluir las naciones beligerantes, hace su vida de costumbre y hasta concurre a fiestas y holgorios. Hay que hacer de tripas corazón...

Bélgica ha sido objeto de mi simpatía especial. Cuando la visité, escribí, acerca de mi visita, un libro que titulé *Por la Europa católica*. Recordando este hecho, me escribe el traductor de *San Francisco de Asís*, que es un militar belga retirado y emigrado hoy a Francia, el mayor Vignol, para lamentar la situación de su país y la germanofilia del mío, que este señor no se explica, dado que España es un país católico y Bélgica otro, católico también.

He contestado a este señor, cuyo estado de ánimo comprendo muy bien, que, ante todo, estoy segura de que en España se compadece a Bélgica y se miran con profundo respeto sus infortunios inmerecidos. Y esto cabe afirmarlo, no sólo de los que, como yo, se interesan especialmente por Francia y también por Bélgica, sino de otros muchos que prefieren que triunfe Alemania, por razones de orden político principalmente; pero no pueden menos de reconocer que Bélgica es digna de toda conmiseración y se ha portado valerosamente y sufrido grandes torturas.

Pero lo que también han de tener en cuenta los belgas y los franceses, es la imposibilidad, para España, de exteriorizar, en forma que no despierte celos, su opinión favorable a ninguna de las naciones beligerantes. Debemos conservar nuestra neutralidad estricta, a toda costa. Es una obligación que nos impone el patriotismo, pensemos como pensemos. Por eso yo he rehusado firmar manifiestos, de los que han salido a luz. Poco añadiría mi firma a la significación de lo manifestado; mas valga lo que valiere es lo único con que, en tal ocasión, absteniéndome de estamparla, pude contribuir a que mi patria no se vea envuelta mal de su grado en este gigantesco torbellino o vorágine de la guerra inextinguible.

Sigo en ello la opinión general, tan marcada y visible, que el conde de Romanones, inclinado hacia Francia, no hace, desde que ha subido al poder, sino afirmar el propósito de dejar atrás, en neutralismo, a Dato y su gobierno. Sería imposible otra cosa. España en ese punto, está de acuerdo, con excepciones raras y que acaso no merecen ni ser tenidas en cuenta.

Es pues necesario que sepamos conciliar el tacto, (para no dar ocasión de sospecha de que estamos con unos ni con otros, en cuanto a prestar auxilio), con la humanidad para apiadarnos de desastres y fatalidades, en pueblos que han marchado siempre a la vanguardia de la civilización, que nos son afines, que frecuentamos cuando la paz tiende su blanco velo sobre Europa. Y la humanidad nos obliga a saludar a Bélgica en su desventura, con mayor respeto que cuando era próspera y libre. Y la humanidad nos obliga a desear, para Francia, no el exterminio que reclaman algunos fanáticos, sino el renacimiento de su gloria y de su bienestar.

¡El fanatismo! Aquí se diría que vivimos siempre fanatizados contra alguien... Y todo ello es verbal, es poco sincero; a menos, a mí no me suenan a verdad esos improperios que a veces escucho, y van unidos, en quien los pronuncia, a un deseo irresistible de pasearse por los bulevares, o de pasarse las horas en el Casino de Biarritz, o de ir tras cualquier otra cosa que sólo en Francia se encuentre...

El fanatismo es una *pose*: siempre ha solido contrastar con la conducta de los que más alardean de él. Esa seca rigidez, esa falta de penumbra en el pensamiento, esos juicios cortantes como navajas, no suelen corresponder a una estructura interna de gran rectitud. Por otra parte, me parece que madrugan demasiado los que aplican a su sardina el ascua del triunfo de éste u otro beligerante. ¿Sabemos acaso quién reirá al freír? ¿Sabemos qué política, qué rumbo seguirán los vencedores? ¿Sabemos si quiera quiénes serán? ¿Sabemos si quiera si los habrá, en la verdadera acepción de la palabra? Lo decisivo, en este trance, se diría que a cada paso se aleja. No se adivina por dónde puede llegar la victoria.

Es necesario aguardar, para fallar; y aguardando, asociarse al dolor de los que más sufren, compadecer a los pequeños, sobre todo, a las mujeres, a las criaturas inocentes y a los que se ven sin hogar y sin esperanza...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Real está medio vacío... Esta es la verdad desconsoladora. Luchar contra la realidad económica es inútil. Este año, no había temporada brillante del Real. Mejor fuera haber dedicado el invierno a arreglarlo, que falta le hace.

Esto oís decir a unos. Otros os contestan que, con crisis económica y todo, los demás teatros están atestados de gente, y faltan casi siempre localidades, sobre todo los días festivos. Hay, pues, que explicarse de otro modo el desvío del público, y son tantas las explicaciones, que hasta sobran.

Opera italiana ha podido oírse, casi con los mismos cuadros de compañía, poco ha, en la Zarzuela. — Afirman que pronto vendrá al mismo escenario Titta Ruffo —. Se oye en verano, mil veces, en los Jardines. Se cantan operetas de tanto éxito como *Las Golondrinas*, con llenos hasta los topes. Se oye música en conciertos, recitales, etc. Esto, que parece que debiera fomentar la afición, la difunde, sí, pero la descentra del Real. Además, el Real es demasiado caro.

Yo no diré que pueda ser más barato; acaso las pretensiones de divos y divas exijan estos precios exorbitantes. Pero, al poder oír buena música en muchos sitios, rehuye más el público esa excesiva y recargada contribución. Este año se dijo que se abarataría el Real. En efecto, cuesta más. Y las butacas están desocupadas, filas enteras.

Ha perjudicado también al Real el auge de la Princesa, el esplendor de sus miércoles, que reúnen lo más distinguido, la crema. Existe una notable diferencia entre los concurrentes a la Princesa y los del Real. En el Real se abonan, es cierto, grandes y elevadas familias; pero, salvo excepciones que cada día son más contadas, conservan el talón con el derecho, y reparten el palco entre amigos que solicitan abonos parciales. Esto hace menos selecta la concurrencia. Los precios altos obligan a distribución, en diferentes noches de la semana, y de ahí la mezcla, pues las personas muy conocidas, la sociedad *bien* (¡atroz galicismo!), no es nunca tan numerosa que, pulverizada, no la desluzca otra sociedad menos reluciente.

Y esto me impulsa a preguntarme: ¿qué diferencia existe entre una sociedad refulgente y otra que ya no lo es tanto? Ello se nota a primera vista, y sin embargo, parece difícil de definir de un modo concreto. En ambos casos hay mujeres bellas y bien ataviadas, hombres de frac o smocking, el aspecto hasta vulgar de los sitios que prefiere la clase acomodada para divertirse... Las diferencias, si se mira bien, no son muy apreciables... Y sin embargo... Las mujeres, igualmente ataviadas, engalanadas, lo están con más arte, con más atrevimiento, con más novedad, y con cierta sobriedad de buen gusto, en el primer caso. Se sientan con gracia; accionan con libertad y viveza, pero con ritmo; y suelen no ver la función entera, porque o vienen de alguna comida, o van a acabar noche en algún bailecito íntimo, en alguna tertulia tardía. Los hombres visten el frac con especial desembarazo, y muestran esos semblantes mitad fatigados, mitad desdichados, de los *club-men*. Los jóvenes parecen haber vivido mucho; los viejos tienen aire juvenil y llevan flores blancas más grandes y perfumadas en el ojal. En las mujeres pudiera observarse igual fenómeno: las solteras parecen casadas, hasta por las joyas que lucen, y las casadas ostentan a veces hechuras virginales.

Sin duda que no se pueden aplicar estas observaciones a todo el concurso. Es el fenómeno de la anilina. Una gota tñe un vaso de agua. Si hay cierto número de espectadores de la crema, se acrema el conjunto.

Comparad un miércoles de la Princesa, donde encontraréis a lo que se llama el «todo Madrid», con otros teatros, llenos también. La diferencia salta a la vista.

En el Real, como causa de decadencia, hay que